

PEDAGOGIA UNIVERSITARIA Y FORMACION PEDAGOGICA DEL UNIVERSITARIO

I. LA UNIVERSIDAD, PROBLEMA PEDAGOGICO

1. *¿Educación del niño o educación del hombre?*

Esclavizada hasta hace muy poco a su raíz etimológica (conducción del niño), la pedagogía va ganando su derecho a liberarse de ella y a constituirse sobre dominios más vastos anejándose territorios que pedagogos de otros tiempos ni siquiera habían soñado conquistar. En este sentido su marcha fue condicionada por el progreso de las otras ciencias humanas que le dieron elementos para explorar campos nuevos a la vez que le permitieron hacerse de un bagaje de conocimientos nada despreciable para ayudar a las restantes indagaciones sobre el hombre. Puede decirse que ha llegado a un momento de transición del estadio empírico y “artístico” al científico; de un simple conjunto de reglas para realizar la educación del niño a un pensamiento, una ciencia y una técnica para la formación del hombre. Esto último merece ser tenido en cuenta si quiere alcanzarse una cabal idea de lo que representa una nueva pedagogía frente a otra envejecida que se aspira a superar.

Si analizamos el fenómeno, y tratamos de determinar las causas de la elevación de la pedagogía a un estadio superior y de la ampliación de su temática, no tardará en hacerse evidente el papel preponderante que juegan la actual universalización del hecho educativo y la ruptura del “prejuicio cronológico” y escolar primario.

En efecto, lo primero que llama la atención en el presente movimiento pedagógico es el entrecruzamiento de doctrinas y sistemas, la multiplicidad de soluciones que no vienen del cam-

po exclusivo de la educación y de la pedagogía, sino de otros ámbitos que, en principio y aparentemente, nada tienen que ver con él. Esta universal preocupación por lo educativo constituye, justamente, una de las características de la pedagogía de hoy que no siempre adopta una forma sistemática, ni se integra a una rígida concepción científica, sino que aparece junto a otras reflexiones de pensadores que no son pedagogos en el estricto significado del término. Ello es debido al enorme poder expansivo que ha tomado la educación de hoy filtrándose en todos los aspectos de la vida social y cultural. Las consecuencias de la universalización del tema pedagógico han sido muy fecundas para la disciplina respectiva que, a los efectos de no quedar reducida a una simple tecnología, se ha visto forzada a extender considerablemente su jurisdicción.

La aludida ampliación de campo es, por otra parte, consecuencia directa de la ampliación de los conceptos de educación y de educabilidad. La primera ha cobrado importancia universal no sólo como actividad consciente, sino también como función inherente a la comunidad y a la cultura en tanto ámbitos del hombre. Pero igualmente se nos muestra como un "proceso vitalicio" que se cumple en el ser humano desde el nacimiento hasta la muerte. De ese modo se ha roto lo que Gentile llamó el "prejuicio cronológico" (o "paidológico") de la educación "surgido de la idea enteramente empírica de que solamente los niños, los menores, tengan necesidad" —y posibilidad, agregaríamos nosotros— "de ser educados" (1). La educación abarca la existencia entera del hombre porque éste es educable durante toda su vida aunque deba aceptarse que su plasticidad no sea idéntica en todas las etapas de aquélla.

Maurice Debesse enseña que uno de los equívocos restrictivos de la pedagogía es que su exclusiva organización en torno a la edad escolar primaria impide "considerar los otros mo-

(1) GENTILE, Giovanni, *Sumario de pedagogía como ciencia filosófica*. Trad. de Ada Scotucci. Prólogo de Juan E. Cassani. Buenos Aires, El Ateneo, 1946, pág. 186.

mentos del desarrollo que no coinciden con el de la escolaridad" (2). Se ha avanzado mucho al haberse otorgado definitiva carta de ciudadanía en las disciplinas pedagógicas a las edades preescolar y adolescente, pero falta aún el tratamiento sistemático e intensivo del problema pedagógico de la juventud y de la adultez. El mismo Debesse nos facilita estas palabras: "En cuanto al último período del desarrollo y de la educación, de 18 a 25 años, que corresponde a los estudios especializados de la Universidad o de las escuelas superiores, debe reconocerse que, en Francia al menos, las preocupaciones pedagógicas tienen poco lugar. Es verdad que la enseñanza se da entonces a espíritus ya formados y que las preocupaciones que deben tomarse para hacer eficaz el estudio durante la niñez no son aquí tan necesarias, pero nada puede impedir pensar en la utilidad de una modernización de los métodos en el nivel universitario, según los datos de la psicología" (3).

Todo está, pues, justificando que junto y sobre una pedagogía de la niñez y de la adolescencia se construya una pedagogía científica de la juventud, uno de cuyos sectores es, precisamente, el de la pedagogía universitaria (4).

(2) DEBESSE, Maurice, *Les méthodes pédagogiques*, I, 2º (En: *La formation éducative*. Libro IV del *Traité de Psychologie Appliquée*, dirigido por H. Pieron. Paris, Presses Universitaires de France, 1955, págs. 763-764).

(3) *Ibidem*.

(4) En el estado actual de cosas la pedagogía juvenil no es siempre universitaria y, viceversa, no toda pedagogía universitaria es juvenil. Lo primero porque hay aspectos de la educación de los jóvenes que no están incluidos en la enseñanza universitaria (por ejemplo, la educación fundamental, la educación de la comunidad, etc.). Lo segundo porque no siempre son jóvenes en sentido estricto los que concurren a la Universidad, aunque por cierto la juventud es predominante. Entre nosotros la urgencia por tratar científicamente los problemas de la Universidad se refleja en la creación de los Departamentos de Pedagogía Universitaria de las Universidades Nacionales del Litoral y de Buenos Aires.

2. *El prejuicio antipedagógico.*

Si en su mismo seno la pedagogía contiene una serie de prejuicios que traban su desarrollo, también los hay fuera de ella encargados de cumplir la misma misión. El prejuicio antipedagógico es, por cierto, fruto no sólo de actitudes personales, sino de la dinámica de las ideas que alimentan esas actitudes. Así entre nosotros la oposición de positivismo y antipositivismo late en la base de esta problemática en contra del planteamiento abierto de los problemas pedagógicos. Es corriente en los círculos académicos y universitarios la creencia de que quienes se dedican a la pedagogía están anticipadamente embarcados en una concepción positivista incapaz de trascender lo que se considera una rastrera experimentación. El antipositivismo fecundo que enseñó el valor de las grandes ideas, es desde ese ángulo culpable de la improvisación técnico-pedagógica que sin duda alguna constituye una de las tantas raíces de nuestra actual crisis educativa que para resolverse requiere soluciones pensadas y adecuadas a una realidad que únicamente puede conocerse y regularse con determinados instrumentos ⁽⁵⁾.

El prejuicio antipedagógico es claramente visible en cuanto se habla de la posibilidad de una pedagogía universitaria. Para combatirlo en la raíz bastaría con preguntar a quienes lo detentan, generalmente dedicados a la enseñanza, si no han pensado que viven dentro de una estructura pedagógica, que se sujetan a fines elaborados pedagógicamente, que emplean determinados recursos para transmitir los conocimientos, y que, por lo tanto, no hay motivos para no intentar la solución de los problemas de la cultura superior con criterios elaborados por la pedagogía. Al respecto son terminantes las expresiones de

(5) Quizás una de las misiones de la nueva generación de pedagogos, que sin duda alguna se está formando en el país, sea la de lograr una pedagogía de síntesis en la que tengan igualmente su parte las ideas y las realidades.

Emile Planchard: “Siempre nos ha parecido que la pedagogía —a la que una persistente tradición y un desprecio apenas disimulado han mantenido al margen de la Universidad— merece que se le reserve un lugar en la enseñanza superior. No sólo debe figurar en los planes de estudio de los futuros educadores, sino que resulta indispensable para la solución racional de numerosos problemas que, por diferentes que sean de aquéllos a que deben hacer frente las escuelas de un nivel inferior, son sin embargo de la misma naturaleza y requieren métodos semejantes. Nuestra convicción de que la pedagogía puede y debe llenar una función en la Universidad no ha hecho más que afirmarse en el curso de una ya larga experiencia de la enseñanza superior” (6).

3. *La Universidad, problema pedagógico* (7).

La Universidad es, por esencia, una comunidad educativa específica y como tal presenta un problema pedagógico. Nació de propósitos educativos conforme a los cuales se hizo de una estructura determinada. Tiene fines formativos, planes cultu-

(6) PLANCHARD, Emile, *Etudes de pédagogie universitaire*. Vol. I. Coimbra, Universidade da Coimbra, 1956, pág. VI. En el mismo sentido se expresa Domingo Buonocore que ha llegado a la pedagogía procedente de la Bibliotecología y de las Ciencias Jurídicas: “Hay técnicas propias para la enseñanza y la investigación y como de ellas derivan efectos formativos singulares, las cuestiones que atañen a la pedagogía universitaria tienen que ser estudiadas con el mismo o mayor interés que los de los otros grados y tipos de cultura sistemática” (“Prólogo” a *Temas de Pedagogía Universitaria*. Selección, prólogo, notas y bibliografía por Domingo Buonocore. Santa Fe, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad del Litoral, 1957, pág. 14).

(7) La visión que aquí se da de la Universidad como problema pedagógico no supone la creencia que ella sólo sea un interrogante para la pedagogía. También lo es desde otros puntos de vista (social, político, etc.), pero nuestro propósito es acentuar su carácter pedagógico para fundamentar la legitimidad de una “pedagogía universitaria” que, por otra parte, no podrá ser consecuente ni coherente si no tiene en cuenta la problemática social, política, etc. de la Universidad.

rales y educativos que sirven a esos fines, profesores que los desarrollan en el doble plano de la investigación y la docencia y alumnos que la cursan. Es decir que, aunque en un nivel distinto, posee los elementos que hacen que los otros ciclos escolares sean objeto de análisis pedagógicos.

Sería desconocer el pasado o cerrar los ojos a la realidad sostener que el enfoque pedagógico de las cuestiones universitarias es un descubrimiento de nuestros días. Desde el momento mismo en que se ensayó la primera transmisión de un conocimiento elevado ha existido la pedagogía universitaria. Pero esta pedagogía se ha mantenido en un plano empírico —salvo en lo referente a sus grandes objetivos— hasta que el afán contemporáneo por adquirir una conciencia clara de este tipo especialísimo de educación y por dar con los medios adecuados para realizarlo le ha permitido ganar adeptos entre los cultores de la ciencia de la educación.

Como ha sucedido con todos los aspectos de la educación y la cultura, también la idea de la educación y la cultura superiores ha sufrido en este siglo una transformación profunda engendrada por causas sociales y económicas que ya pueden establecerse con una cierta precisión. Así nos encontramos con la tendencia a asignar a la cultura un profundo sentido de servicio social y con el reconocimiento del derecho de todos los hombres a llegar al más alto grado de formación. Estas circunstancias, entre otras, han conmovido el concepto tradicional de la Universidad armado sobre el supuesto de un saber clasista e individualista. Hoy no podemos prescindir del valor social de la Universidad, de su intervención en el planteo y la solución de los problemas de la época y del pueblo que la sostiene. La tradicional Universidad cerrada a algunas capas de la población y autosuficiente en la constitución de un saber elaborado sobre sí mismo, deja paso a una Universidad abierta a inquietudes y conocimientos, a problemas y necesidades del contorno que la convierten, al mismo tiempo, en un verdadero núcleo educativo de la comunidad. De esa manera y unido a la misión de acumular y acrecentar cultura, le asignamos

el deber de irradiarla y ser faro vigilante de las necesidades de un mundo agitado que espera y requiere su voz serena y objetiva.

Esta nueva idea de la Universidad es la que ha impuesto la exigencia de una pedagogía universitaria que renueve viejos puntos de vista y amplíe sus dominios hasta tocar los mismos límites de la educación en cualquiera de sus aspectos. Una pedagogía universitaria renovada abarcará tópicos de la más diversa índole cuyo número variará según el criterio que se adopte, pero siempre sobre el supuesto de que la Universidad como "organismo" educativo encontrará apoyo en fundamentos pedagógicos expresos y científicamente logrados.

4. Posibles temas de la pedagogía universitaria.

Aún corriendo el riesgo de omitir sectores importantes, conviene señalar algunos tópicos que inevitablemente deben constituir capítulos de la pedagogía universitaria sistemática. He aquí algunos de ellos:

- a) concepto, fines y funciones de la educación superior;
- b) sistemas de organización universitaria;
- c) estructuración docente e investigación científica;
- d) planes y programas de estudios;
- e) sistemas y métodos de enseñanza y aprendizaje;
- f) régimen de promociones y evaluación del rendimiento;
- g) conocimiento y orientación científica de los alumnos y educación integral de los mismos.
- h) la Universidad como unidad y ambiente formativos;
- i) relaciones educativo-culturales de la Universidad con el grupo social a que pertenece (la Universidad como núcleo educativo del grupo).

La temática ofrecida es insuficiente y no tiene otro propósito que sugerir aspectos que deben ser atendidos ⁽⁸⁾. Pe-

⁽⁸⁾ En cuanto a posibles temas de la pedagogía universitaria resulta muy sugestivo el ya citado trabajo de BUONOCORE, Domingo en *Temas de pedagogía universitaria*, págs. 9-15.

ro aún así sólo algunos temas han merecido la fortuna de un estudio intenso y extenso. Entre estos últimos se encuentra particularmente el que se refiere a los fines y funciones de la Universidad. Con acierto afirma Luzuriaga: "La mayor parte de la literatura existente sobre pedagogía universitaria se ha dirigido hasta ahora al estudio de los grandes objetivos y problemas de la Universidad: investigación científica, cultura superior, formación profesional. En cambio ha solido prestar escasa atención a un aspecto, al parecer más modesto pero no menos importante de la organización universitaria, a la vida y a la formación personal de los estudiantes" (9). El pedagogo español se reduce a indicar sólo una de las limitaciones de la pedagogía universitaria existente, puesto que junto a ella sería posible poner de relieve muchísimas más que son estrictamente tema de esa pedagogía. Es, por ejemplo, el caso de las cuestiones relativas al método y a los sistemas de enseñanza librados a las genialidades intuitivas de los grandes maestros o a los tanteos de los que no alcanzan a serlo. En tren de buscar razones podría decirse que el olvido del problema didáctico procede de una especie de culto hacia el contenido a transmitir ante el que parece suficiente su dominio para asegurar su pasaje del espíritu del profesor al del alumno. Pero más que el desconocimiento de las categorías didácticas, que pueden sustituirse cuando hay una fuerte personalidad formadora, importa que casi siempre el desprecio a lo metodológico suele ser el pretexto para ocultar la falta de conocimiento del proceso formativo del alumno y de las circunstancias y maneras en que debe y puede aprehender el contenido que el profesor está obligado a entregarle. En otras palabras: falta el análisis y la comprensión "pedagógica" (no se trata en este caso de un hecho jurídico, ni físico, ni biológico, ni estético) de que todo acto educativo-instructivo requiere para cumplirse una concordancia o una nivelación entre la ley o estructura

(9) LUZURIAGA, Lorenzo, *Reforma de la educación*. Buenos Aires, Losada, 1945, pág. 75.

del contenido docente y el grado de madurez y de captación del alumno que debe asimilarlo. La salida reside en intentar cosas fáciles de decir y difíciles de practicar sin la ayuda de algún fundamento científico: conocer el alumno, trazar el camino para acercarse a él y tomar conciencia de que está participando en un proceso formativo y no exclusivamente en la más perfecta elaboración de un contenido o de un conocimiento.

¿Quiere esto decir que la pedagogía universitaria sólo ha de tomar la enseñanza superior como un medio de formación general y no como una preparación para una especialidad? Sin perjuicio de lo que expresaremos al respecto más adelante, debemos responder negativamente a la pregunta consignada. Cada especialidad implica una cierta problemática (métodos especiales, según contenidos también especiales, sistemas peculiares de estudio, objetivos precisos, concordancia con disposiciones vocacionales, etc.) que ha de resolverse en términos de una pedagogía especial referida a cada especialidad. En este trabajo no queremos ni podemos ir más allá de los elementos comunes básicos de la docencia universitaria que pueden tomar formas particulares de acuerdo a la orientación cultural y científica que desee seguirse.

5. La pedagogía ante las relaciones entre docencia e investigación.

A título de simple ilustración de la fecundidad del criterio pedagógico en el tratamiento de las cuestiones de la enseñanza universitaria, por un lado, a lo que puede ofrecernos la nueva pedagogía, por el otro, puede resultar de interés esbozar algunas soluciones a temas muy debatidos en estos momentos. Uno de esos temas ha sido rozado en el punto anterior: las relaciones entre docencia e investigación.

Se acepta sin discutir que la docencia (en tanto transmisión o enseñanza) y la investigación (en tanto búsqueda y elaboración de un nuevo hecho o conocimiento) son dos funciones primordiales de la Universidad. Igualmente se reconoce la co-

nexión que hay entre ambas actividades en la medida en que no puede haber docencia superior y creadora sin una investigación o un pensamiento también creadores que la apoyen. La evidencia de tales principios es la que legitima el calificativo de “unilateral” para toda concepción que asigne a la Universidad exclusivamente una de las dos funciones. La Universidad es, simultáneamente, centro de creación espiritual y centro de irradiación espiritual.

La expuesta es una manera de enfocar la relación. Pero hay otra que resulta de penetrar directamente en los procesos de formación y de creación culturales con las armas de las conquistas realizadas por la pedagogía en estos últimos tiempos. Si nos limitamos a establecer entre docencia e investigación un vínculo de alimentación de la primera por la segunda no habremos pasado de la superficie o, por lo menos, de un aspecto del acto educativo: el que afecta únicamente al profesor como buscador y trasmisor de conocimientos, quedando relegado el otro término inevitable de ese acto, que es el alumno. Ciertamente, si concebimos al alumno como un ente pasivo, como un simple receptáculo de conocimientos elaborados por otros, esa idea superficial de la relación docencia-investigación está justificada. Pero ya no podemos desconocer la personalidad activa del alumno, su capacidad para reelaborar influencias exteriores —con más razón siendo un alumno universitario—, y la conciencia que de esa capacidad tienen los jóvenes explica también su denodada lucha en contra de una enseñanza que es pura transmisión sin participación. Se impone, pues, la búsqueda conjunta con el alumno de los conocimientos o de los valores que quieren mostrarse o desarrollarse reviviendo en él el proceso por el cual fueron adquiridos. La docencia ha de perder su carácter de simple enseñanza para unirse en el mismo cauce con el proceso de investigación y convertirse así en docencia activa, en autodocencia. No hay sólo alimentación de la docencia por la investigación, sino un paralelismo de procesos que pueden llegar a tocarse en muchos puntos del itinerario.

Es importante tener en cuenta el carácter docente de la investigación y el valor docente de ésta, pues ante el inmenso volumen de los conocimientos contemporáneos, necesariamente el pedagogo universitario deberá practicar una rigurosa selección de los fundamentales, de los que posean un mayor poder formativo. Ante la imposibilidad de transmitir todos los conocimientos no queda otra salida que cultivar las energías para adquirirlos después, desarrollar el método para alcanzarlos. Viene al caso universalizar lo que John Dewey dice al hablar de la introducción del estudio de la ciencia y del método científico en las escuelas: “En cuanto concierne a la forma, se ha ganado la batalla sostenida hace dos o tres generaciones para asegurar en las escuelas un lugar a la ciencia de la naturaleza. No ocurre así respecto a la substancia de la ciencia, pues la médula de ésta no se halla en las conclusiones logradas sino en el método de observación, experimentación y razonamiento matemático” (10). En otras palabras y con un ejemplo: es difícil comunicar todas las verdades de la ciencia, pero es posible desarrollar en el alumno el amor a la verdad y la forma de lograrla. Este es el punto de encuentro de la docencia y la investigación postulado por una nueva pedagogía universitaria que ve a la primera realizarse en la segunda y a ésta reproducirse en aquélla.

6. *Formación y profesión.*

También se considera a la Universidad como una “escuela de formación profesional” (11). Esta finalidad tiene tal importancia en nuestra época que casi toda la vida universitaria

(10) DEWEY, John, *La ciencia de la educación*. Trad. de Lorenzo Luzuriaga. 3ª edición. Buenos Aires, Losada, 1948, pág. 107.

(11) Sobre las relaciones entre investigación científica y preparación profesional, véase de MONDOLFO, Rodolfo, *Preparación profesional e investigación científica*. (En *La Universidad en el siglo XX*. Lima, Facultad de Educación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951, págs. 333-342).

—entre nosotros es notorio— está determinada por ella. El predominio de los fines profesionales no nos parecería grave si no se diera además la necesidad de una formación integral que haga del universitario un hombre pleno, aunque quizás el enfoque de una pedagogía universitaria renovada pueda llevarnos a mirar con otros ojos la aparente antinomia de educación general y educación profesional.

En primer término, la profesión es el resultado de un proceso formativo del sujeto ligado a tendencias vocacionales y estructuras caracteriales y no sólo un hecho económico. Socialmente la profesión es un servicio que se presta a la comunidad y no exclusivamente un medio de subsistencia. Culturalmente es la ubicación del individuo en un determinado lugar del espacio cultural y del progreso humano y no sólo la asimilación de determinados conocimientos o el montaje de destrezas previamente establecidos. Globalmente, la profesión puede considerarse como un problema pedagógico y no aisladamente, un hecho político, o social, o económico o cultural. Habrá así una pedagogía de la profesión que deberá prestar grandes servicios a la pedagogía universitaria en la medida en que le permitirá penetrar el mundo profesional como parte del ámbito mayor de la formación humana.

Aparte de la circunstancia de que exista una educación para la profesión, hay la necesidad de que la enseñanza superior no haga hombres que no sean más que profesionales. Esto replantea la vieja oposición de cultura general y cultura profesional, otro de los temas que inevitablemente deberá dilucidar la pedagogía universitaria, que buscará la forma de lograr lo que ha dado en llamarse “la sana combinación del destino individual con la expansión universal”. Quizás ante la sobrecargada cultura contemporánea que exige la subdivisión cada vez mayor de sectores especializados de actividad, la solución pueda estar cercana de la propuesta por Spranger: “El camino hacia la formación general superior pasa por la profesión y

sólo por ella” (12). La formación general superior (que corresponde al universitario) es la cima de un largo proceso educativo y puede alcanzarse por la ampliación del círculo de conocimientos desde un ángulo determinado, desde ese puesto preciso de actividad que supone el ejercicio profesional. “Quien proceda —manifiesta el citado Spranger— de un establecimiento de formación profesional debe poder mostrarse abierto y múltiple en su relación con la vida y, no obstante, consciente de su destino particular” (13). De esta manera es factible superar la oposición de la cultura general con la profesional y convertirla en una fecunda continuidad.

Convendría también hacer una referencia a la orientación vocacional y profesional de los alumnos, otro de los puntos de interés para la pedagogía universitaria (14). Pero no es nuestro propósito agotar su temática sino apenas esbozar algunas ideas sobre el valor y las consecuencias de una pedagogía de ese género construída sobre los fundamentos propios de la ciencia de la educación.

II. LA FORMACION PEDAGOGICA DEL UNIVERSITARIO

1. *Tres aspectos de la formación pedagógica en la Universidad.*

Hasta aquí hemos tratado de dar los lineamientos generales de una pedagogía universitaria como instrumento científico para resolver los problemas de la cultura superior sistemática. A continuación veremos la otra cara de la medalla, esto es, la formación pedagógica del universitario.

(12) SPRANGER, Eduard, *Formaciones fundamental, general y profesional* (En: *Cultura y educación*. Trad. de Julián Marías. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, Parte temática, pág. 36).

(13) *Ibidem*.

(14) La Universidad Nacional de Buenos Aires ha encarado seriamente esta cuestión a través de un Departamento especializado.

Es preciso aclarar los términos. Si precedentemente nos ha preocupado la Universidad como estructura pedagógica, lo que ahora deseamos es dar una visión panorámica del papel que puede y debe jugar la pedagogía como elemento educativo dentro de la Universidad. Desde este ángulo la pedagogía —entendida en su más amplio significado de teoría y técnica de la educación del hombre— puede colaborar en la formación cultural de los alumnos y en la formación técnico-profesional del docente universitario presente y futuro.

Si antes hemos insistido en la ampliación de campo lograda por la pedagogía contemporánea, debemos reconocer en este momento que esa extensión afecta no sólo a una mayor cantidad de territorios ganados, sino a otra manera o, si se quiere, a otro espíritu, para encarar sus problemas. La pedagogía no es, para nosotros, equivalente de metodología docente o de didáctica. Contiene a esta última pero la trasciende hasta el punto de que entran en su jurisdicción todos los problemas y consecuencias de la formación y la cultura humanas. Puede, pues, tomarse como un enfoque “técnico” de cuestiones pedagógicas, al mismo tiempo que como uno de los métodos posibles de comprensión del hombre y sus obras, es decir, como un elemento de cultura.

Por todo ello, al tratar de la formación pedagógica del universitario deben considerarse por lo menos tres aspectos o posibilidades de aquella disciplina: en primer término su carácter de disciplina específica para el tratamiento de las cuestiones educativas en cualquier nivel; en segundo lugar, su naturaleza de orientadora para la conducción o realización de las actividades formativas e instructivas; finalmente, su condición de conocimiento de uno de los sectores más importantes de la vida contemporánea, que hace de ella un verdadero cimiento para la integración cultural. Los aspectos mencionados nos sirven de base para estudiar los tres planos en que la pedagogía se desarrolla o debe desarrollarse en la Universidad: la formación de pedagogos y profesores secundarios, la forma-

ción para la docencia universitaria y la formación cultural del alumno universitario.

2. *Pedagogos y profesores de enseñanza media.*

En un primer plano a la Universidad le compete la doble misión de incrementar las ciencias de la educación y de formar profesores de enseñanza media con una adecuada preparación técnico-profesional (pedagógica). Por tradición y porque así lo impone la naturaleza de los estudios respectivos en nuestro país cumplen esos fines las Facultades de Filosofía y Letras, de Humanidades y Ciencias de la Educación u otras de semejante denominación. Sin embargo debe hacerse notar que el predominio de los objetivos profesionales (en este caso, la preparación de profesores secundarios) ha determinado una cierta decadencia u olvido de la investigación pedagógica propiamente dicha que afortunadamente parece querer superarse poco a poco. En este intento de superación y de búsqueda de un fructífero contacto entre docencia e investigación pedagógicas tienen una enorme responsabilidad los Institutos de Pedagogía o de Ciencias de la Educación diseminados en el país. Se hace imperiosa la formación de investigadores de alta escuela capaces de profundizar en el mundo de la educación con severidad científica y amplitud filosófica.

Por otra parte ha comenzado a imponerse la idea de que el profesorado para las escuelas normales no puede ser el único objetivo de una carrera universitaria de pedagogía, sino que es posible dar títulos "menores" de carácter técnico ⁽¹⁵⁾ por ejemplo, expertos en organización y administración escolares, en asistencia educacional, en estadística educativa, en educación de adultos, en enseñanza diferencial, etc.) que permitirán a sus poseedores colaborar en el complejo proceso edu-

(15) Estos títulos están proyectados en los nuevos planes de estudios de la Carrera de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

cativo desde un lugar precisamente delimitado, además de abrirles otras perspectivas económicas muy distintas a la que representa la permanente dependencia de un puesto docente.

Siempre en el mismo plano, pero ya tratándose de la formación de profesores secundarios en otras disciplinas, se observa la superficialidad e insuficiencia de su preparación pedagógica. Los mismos alumnos de los profesorados —por ejemplo, en idiomas, en matemáticas o en historia— se resisten a cursar asignaturas que, sin embargo, tienen directa relación con su futuro ejercicio docente. No se trata de aumentar al infinito las materias pedagógicas, pero sí impartir algunas fundamentales con la mayor seriedad posible. Además las mismas autoridades no deben olvidar ese tipo de preparación en tanto las facultades humanísticas se proponen formar profesores. La conciencia pedagógica de los profesores de la enseñanza media, conciencia que no siempre será puramente metodológica, es quizás uno de los pocos recursos seguros que nos quedan para salvar la profunda crisis de nuestra enseñanza media.

3. *La pedagogía y los profesores universitarios.*

La “conciencia pedagógica” es también necesaria a los profesores universitarios y puede manifestarse en más de un aspecto. Así, en primer lugar, será conciencia de la Universidad misma como organismo educativo; en segundo término lo será del proceso formativo de los alumnos; en tercero, de la importancia educativa y cultural de la especialidad; finalmente, de la mejor manera de comunicar sus contenidos.

El verdadero profesor universitario no puede prescindir de la idea de que está al servicio de objetivos que rebasan el limitado terreno en que trabaja. Pertenece a un equipo de hombres que desde múltiples ángulos construyen una cultura superior de gran trascendencia social, y por ello no puede encerrarse en un casillero pues correrá el riesgo de perder pie incluso en ese mismo ámbito limitado. Debe comprender la mi-

sión de la Universidad y su carácter de comunidad pedagógica donde él mismo se forma cotidianamente. Podrá llegar intuitivamente a esa comprensión, pero necesita hacerlo por la vía del conocimiento de los problemas educativos que la institución plantea. De esa manera podrá ubicar su trabajo particular en el trabajo de todos, su especialidad en la cultura universal y universitaria, y hacerle jugar la parte que le toca en el acrecentamiento de esa cultura, descubriendo su potencia educativa y los valores que con su impulso y a su influjo pueden desarrollarse.

Por otra parte, no deberá quedarse en el terreno de los fines e ideales universitarios, o de los meros contenidos humanísticos, artísticos, científicos o técnicos, sin volver la vista al destinatario de su acción docente. Le es preciso, pues, el conocimiento del alumno, de su arquitectura espiritual, de sus disposiciones profundas, de su constelación social. Sólo así alcanzará una acabada idea de cómo pueden funcionar los fines y actualizarse los contenidos, obligándose a buscar los instrumentos para unir las objetividades —que fines y contenidos suponen— con las objetividades de los alumnos. Es en este momento cuando aparece el problema metodológico que, en última instancia, es el de la determinación de los medios más eficaces para la comunicación que, por esencia, define todo acto educativo.

La objeción tan común que niega fundamento a una metodología de la enseñanza universitaria se apoya en la tesis de que en ese nivel la trasmisión de la cultura no requiere otra cosa que el dominio del saber. Es indiscutible que si hay un ciclo que exige del profesor el acabado dominio de una especialidad éste es el universitario, pero no de ello debe inferirse que el profesor queda liberado de plantearse las cuestiones metodológicas relativas a la “enseñanza” de su deber. No pretendemos que la didáctica superior —como ninguna didáctica— tenga una extrema rigidez, por que si algo debe afirmarse es justamente el valor de la individualidad del científico o del artista que educa por “irradiación”, pero si esa individuali-

dad no se alimenta de una conciencia y de una capacidad educativas científicamente cultivadas puede —desde el punto de la enseñanza, entiéndase bien— terminar en ejercicio rutinario, en callejón sin salida.

La experiencia cotidiana nos impulsa a bregar por la elaboración de una metodología de la enseñanza superior cuyo objetivo no será la sustitución de la individualidad docente, sino el de ayudarle a prolongarse en el alumno, a germinar en su espíritu, a ponerse a su altura para acompañarlo desde allí hacia los bienes y valores que se quieren inculcar.

El planteo precedente no es simple porque ser educador implica también una serie de condiciones innatas que suelen ser el argumento más fuerte de quienes detentan el prejuicio antipedagógico. En efecto, la disposición educadora es determinante para el ejercicio de la profesión docente, pero también esa disposición puede permanecer oculta si no le acercamos los elementos y los instrumentos que la hagan realmente una fuerza formativa de los demás.

Frente a la individualidad superior y al don pedagógico innato, por un lado, y al reconocimiento de un dominio acabado del saber, por el otro, como condiciones para el profesorado universitario, la metodología de la enseñanza superior —mejor dicho, de la educación superior— se nos aparece como un *recurso para proyectar la individualidad* constantemente renovada, *realizar el don natural* y *comunicar certeramente el conocimiento* a otra *individualidad que no se ignora y se puede comprender*. Tanto como el artista que necesita una técnica y el conocimiento del material para expresar una vivencia, el sabio —*en función docente*— necesita una técnica para comunicar las conquistas de su inteligencia, o su sentimiento de los valores, o su experiencia de la vida.

Claro es que el objetivo de la Universidad —con excepción de sus Facultades humanísticas— no es la formación de profesores para sus aulas, y que sólo un mínimo porcentaje de sus egresados tiene la oportunidad o el deseo de cumplir esa función. Esto hace que lo expuesto sólo alcance, a quie-

nes cumplan o quieran cumplir esa tarea, razón por la cual también debe formar parte de este trabajo una referencia a la manera de proporcionar las bases de una pedagogía y una metodología universitarias a los profesores universitarios.

Uno de los caminos es el de la "carrera docente" sobre la cual todavía no existe una idea muy clara. Generalmente se cree que consiste en comenzar desde abajo en el "escalafón" de la docencia universitaria, siendo primer ayudante, luego jefe de trabajos prácticos, después profesor adjunto y, finalmente profesor titular. Sin duda alguna esto es importante desde el punto de vista práctico en tanto supone un ejercicio docente más o menos extenso, más o menos intenso y un contacto directo con la vida universitaria. Pero falta la formación pedagógica, la teoría esclarecedora de la práctica, la conciencia reflexiva sobre la funcionalidad educativa de lo que ha de enseñarse y el conocimiento y la pesquisa de los medios para enseñarlo (16).

Otro medio es introducir en los planes de los distintos doctorados la metodología de la enseñanza y de la investigación científica —tan unidas por los motivos vistos en el párrafo I, punto 5 de este ensayo—. El procedimiento tiene gran interés sobre todo si se piensa que daría una mayor profundidad y extensión cultural al doctorado, pero rompería un tanto —llegado el caso podría hacerse— el concepto clásico del doctorado como grado académico y no docente.

Entre ambos caminos preferimos el primero. Tendrá que crearse la carrera de profesor universitario sobre la base de la ampliación del concepto de la carrera docente entendida no sólo como "ejercicio docente", sino como "formación do-

(16) No se ha encarado en nuestro país la formación pedagógica de los profesores universitarios. Sin embargo debe recordarse un intento realizado en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Cuyo, con sede en Mendoza, e iniciado en 1953. En el ciclo superior de la carrera figuraban disciplinas pedagógicas. Ignoramos si la experiencia se llevó a cabo, si continúa y cuales han sido sus resultados.

cente'', término que involucra la función práctica y la comprensión teórica, es decir el máximo cultivo posible de la disposición y la capacidad educadoras.

4. *La pedagogía y los alumnos universitarios.*

Este aspecto de la relación entre la pedagogía y la Universidad tampoco ha sido tenida en cuenta hasta ahora. En este caso la pedagogía no es un medio de preparación técnico-científica (pedagogos), ni técnico-profesional (profesores secundarios y universitarios), sino un medio para la formación cultural general del alumno universitario. En realidad, y con la excepción de las facultades humanísticas que, por su misma naturaleza, obligan a ese tipo de educación, la formación general del universitario está totalmente descuidada ⁽¹⁷⁾. Pero por lo menos se reconoce su necesidad, aunque cuando se habla de asignaturas o de cursos de integración cultural para los alumnos de las facultades científicas y técnicas, se piensa en la historia, la filosofía, la sociología, la literatura, las ciencias económicas y las ciencias jurídicas, la historia del arte, pero nunca se menciona a las ciencias de la educación. Sin embargo la omisión es totalmente infundada puesto que las disciplinas pedagógicas ya pueden ser miradas como serios elementos de formación cultural, no sólo por el nivel científico que han alcanzado sino por la naturaleza y trascendencia de su mismo objeto. La educación, como hemos insistido a lo largo de estas páginas, ha cobrado una gran importancia en la vida individual y social de nuestro tiempo, un gran valor

⁽¹⁷⁾ Como intento serio al servicio de la formación cultural de los universitarios debe recordarse el realizado en la Universidad Nacional de La Plata durante la presidencia del Dr. Alfredo L. Palacios, que impuso una asignatura común a los alumnos de todas las Facultades con el nombre de "La cultura moderna: sus grandes etapas". Sobre este ensayo consúltese de ROMERO, Francisco, *Un experimento universitario* (En; *Ideas y figuras*. Buenos Aires, Losada, 1949, págs. 135-149).

para la explicación de muchos aspectos hasta ayer ignorados de la humanidad y se ha convertido en una de las esperanzas capitales para conquistar un mundo mejor y más libre.

La educación es un hecho histórico con un interés cultural equivalente al de las ideas filosóficas, o a las escuelas estéticas, a las cuestiones jurídicas, económicas y políticas, a la vez que representa un fenómeno social de primer orden. Un "hombre pleno" no puede desconocer sus grandes líneas, su raíz humana, su valor presente y futuro. Esta y no otra cosa debe buscarse en la pedagogía como posible complemento de la formación cultural del universitario: un nuevo instrumento que lo acerque al conocimiento y a la comprensión de la humanidad, capaz, al mismo tiempo, de hacerlo más humano.

RICARDO NASSIF

10 N.º 576, 2.º - La Plata



